ARTURO MORALES CARRION

EL ATENEO Y LA CONVIVENCIA EN PUERTO RICO



dp2
F
1951
.M662
1976
c.1

2003397

EL ATENEO Y LA CONVIVENCIA EN PUERTO RICO

MENSAJE DEL DR. ARTURO MORALES CARRION,
PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE P. R.,
CON MOTIVO DEL HOMENAJE DEL
PUEBLO PUERTORRIQUEÑO AL ATENEO
EN SU CENTENARIO,
EN EL HOTEL CARIBE HILTON,
EL 3 DE DICIEMBRE DE 1976



Se me ha encomendado el altísimo honor de agradecer al Ateneo Puertorriqueño, en representación de lo que bien podíamos llamar la conciencia cívica del país, su ingente labor en pro de la cultura puertorriqueña en todas sus manifestaciones vitales.

Cerramos el ciclo de celebraciones del Primer Centenario de la Docta Casa con este testimonio de adhesión y reconocimiento que ofrecemos en nombre, no ya de diversos grupos y asociaciones, sino de todo aquel que ha visto en el Ateneo un punto de auténtico diálogo y de reencuentro, un eje de convergencia del pensar y del sentir de puertorriqueños que profesan diversas posturas ideológicas. Ya lo dijo nuestro refranero: "Hablando se entiende la gente".

A lo largo del año, se han presentado eruditos trabajos sobre la trayectoria histórica del Ateneo y su significación para el avivamiento de la cultura nuestra. Aún cuando es un tema que también hemos cultivado, no es hora de volver sobre un campo ya trillado por voces y plumas de gran valía en nuestra tierra.

Invito más bien a un haz mínimo de reflexiones. Nos esperan otros testimonios de adhesión de carácter artístico. Y sobre todo, nos aguarda el momento de estrecharnos cordialmente las manos y de conversar en un ambiente de amistad ateneística.

Afirmamos el valor de una institución centenaria en tiempos de arena movediza. Tanto en la Isla como fuera de ella–en el ancho mundo que nos circunda–todo aparece confuso, inseguro, precario. Más que nunca necesitamos superar la óptica insularista para entender con mayor perspectiva la naturaleza problemática de nuestra época.

Por todas partes, surgen signos de interrogación. La Europa Occidental, que daba hace poco muestras de recobrar su enorme vitalidad histórica, subitamente ha perdido el pie. Un sordo rumor de protesta recorre la Europa Oriental, de Yugoeslavia a Polonia. En la frontera sino-soviética, se enfrentan grandes ejércitos, con hostiles intensiones que hacen caso omiso de su común ideología totalitaria. Los países del Tercer Mundo son víctimas de una inflación galopante y del subdesarrollo. La América Latina se debate entre el despotismo y la anarquía. Los propios Estados Unidos, con su asombrosa productividad, se enfrentan a graves retos económicos y sociales.

Hay, por un lado, la retórica de los ideologismos utópicos. Hay por el otro, la realidad de un mundo descoyuntado de po-

lo a polo. La interdependencia de la crisis, en mayor o menor grado, nos toca a todos. Quien quiera mirar hacia adentro, que mire primeramente hacia afuera para poder comprender en dónde estamos y por dónde vamos.

Pero en esta hora de aguda incertidumbre, nos azota una plaga mayor: el asalto a los valores, el choteo de las ideas y los principios , la obcecada negación del pasado, y esa marea de enconos y animosidades que va camino de convertirse en pleamar. Súbitamente, protestar es vejar; dialogar es befar; discrepar es difamar. Se siente a veces como una satisfacción deportiva en destruir reputaciones. Se prefiere que la palabra sea gruesa aunque ella nos vuelva enclenque el espíritu.

Si esta tendencia se observa en muchas partes, ciertamente se acrecienta en una Isla que adquiere con rapidez el perfil de febril colmena humana. Están en honda crisis nuestro sentido de convivencia y de projimidad. Este país marcha--si no se cuida a tiempo--hacia una disgregación en tribus sociales, culturales y políticas. Vivimos en el mundo del ademán agrio y la palabra injuriante.

Es la hora de buscar, de afirmar y de acentuar los puntos de re-encuentro y de convergencia entre puertorriqueños, en donde choquen las ideas para arrojar luz y no para arrojar lodo. No son muchos los que quedan. Su existencia es vulnerable y frágil. Construirlos ha sido tarea de generaciones. Destruirlos es quehacer de un día. Así el Ateneo; así, la Universidad; así las bibliotecas, los museos y los archivos; así las organizaciones e institutos culturales. Con unas bombas se destruye su realidad material. Mas con unas palabras, con una acción impremeditada, se destruye su realidad psicológica, su potencial de creación y convivencia.

La adhesión al Ateneo esta noche no es sólo por la gran labor que ha hecho. Es por la gran labor que le falta por hacer, en esa manera suya de no permitir que este país se desintegre y divida en tribus hoscas y adversarias, en ese modo suyo de ser la casa del diálogo, civil y civilizado. Esta institución ha resistido los embates de un siglo. Ahora tiene que levantarse para mantener, frente a fuerzas centrífugas, un ideal de projimidad sin el cual no se logra en realidad ningún ideal de cultura. Ahora tiene que mantener, más que nunca, sus puertas abiertas para que siga respirándose en su recinto el aire de libertad. Cuando ese aire falta, la cultura se ahoga, se asfixia, se destruye. Y la cultura puertorriqueña necesita la conversación con el mundo y con nosotros mismos, una conversación sin interrupciones, no reducida al manipuleo de consignas.

Ejemplo de esa conversación fue el Foro celebrado en 1940, hito revelador de muchas cosas, que recoge el libro que entrego esta noche como una contribución de la Universidad de Puerto Rico al Primer Centenario del Ateneo. En él advertimos que su contenido está amarrado por el hilo de una profunda preocupación por continuar atados a la cultura occidental y por una insistente preocupación por mantener la cohesión de nuestro pueblo, su esencial unidad, dentro de la mudanza que es regla del suceder histórico.

Si en estos tiempos de rápidos y abruptos cambios sociales y descoyuntados procesos internacionales, no aprendemos a mantener un consenso puertorriqueño, se nos irá el país de las manos para convertirse en otra Irlanda del Norte, otro Líbano, otra Angola. No se puede de un plumazo liquidar aquí una cultura histórica porque nos seduzca el presentismo, el atolondramiento del que vive al instante. No hay culturas instantáneas. No podemos tampoco liquidar una cultura histórica porque nos avasa-

llen los mitos del retoricismo revolucionario e iconoclasta. Bien lo dijo el historiador Marc Bloch: "la incomprensión del presente es la consecuencia inevitable del desconocimiento del pasado".

Defender el Ateneo no es defender una tradición de antiguallas. Mantener un foro abierto a las ideas, con un tono de civilidad democrática, era una necesidad apremiante en 1876. Mantener ese foro es una necesidad imperiosa y palmaria en 1976. Si no existiese hoy el Ateneo, habría que inventarlo. Manuel de Elzaburu y su generación barbuda afortunadamente lo inventaron por y para nosotros. En medio del fragor en que nos encontramos, va hacia ellos nuestra gratitud.

Esta noche el Ateneo le entrega a mi dilecto amigo y compañero, Ricardo Alegría la medalla del Ateneo por su labor fecunda y extraordinaria, y digo sobre Alegría, lo que dije hace unos instantes sobre el Ateneo. ¡Si no existiera un Ricardo Alegría, este país tendría que inventarlo!

Las instituciones a fin de cuentas, se apoyan en sus hombres y mujeres. Las instituciones logran su trascendencia cuando hay hombres y mujeres que persiguen un ideal transcendente. En nuestro propio interior, habita la voluntad de ser y de hacer. En época tan zarandeada por vientos adversos, y movimientos destructivos, afirmar un principio de solidaridad social, tender puentes sobre los enconos, cultivar la civilidad en el trato y la expresión, resultan osadías casi increíbles.

Felicitamos al Ateneo por su testaruda osadía--por la de ayer, que nos enriqueció una cultura y nos ayudó a dibujar una figura histórica de pueblo; por la de hoy, cuando se atreve a predicar en nuestro contemporáneo desvivir, que hay un convivir sin el cual no hay sustancia posible de pueblo ni de cultura ni de genuina democracia. Con

ese atrevimiento, comienza su segunda centuria. ¡Adelante y buen viaje!

Y parodiando a los grumetes que en los viajes colombinos cantaban al atardecer la Salve Regina para proteger al navegante de todo mal, afirmamos ahora nosotros respecto del Ateneo:

"Y a la que es Madre de Dios y abogada nuestra
Que lo libre de agua, de bomba y tormenta"

Este folleto se terminó de imprimir el día 17 de diciembre de 1976.


UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
OPRU
PRESIDENCIA